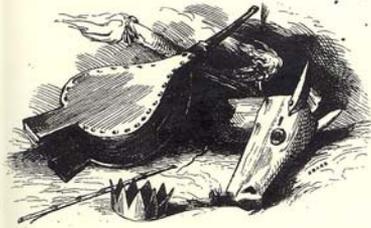




Sancho Panza



CERVANTES.

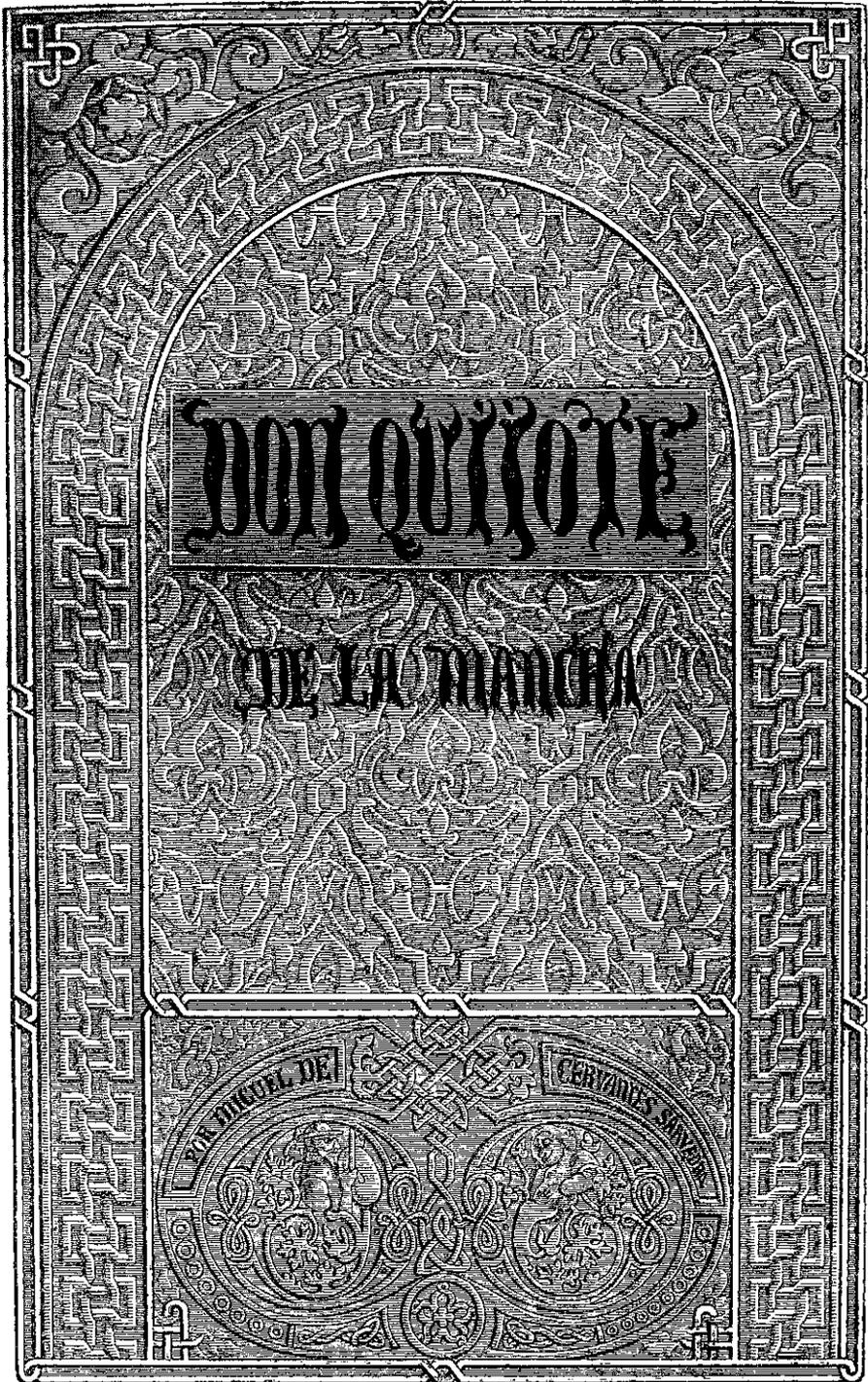


BREVIERE



TINY JOHANNET 187

MPRACI SOL



EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA,

COMPUESTO POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Edición adornada

CON 300 LAMINAS

REPARTIDAS POR EL CONTEXTO.

SEGUNDA EDICION.

§§§§§
§§§§§

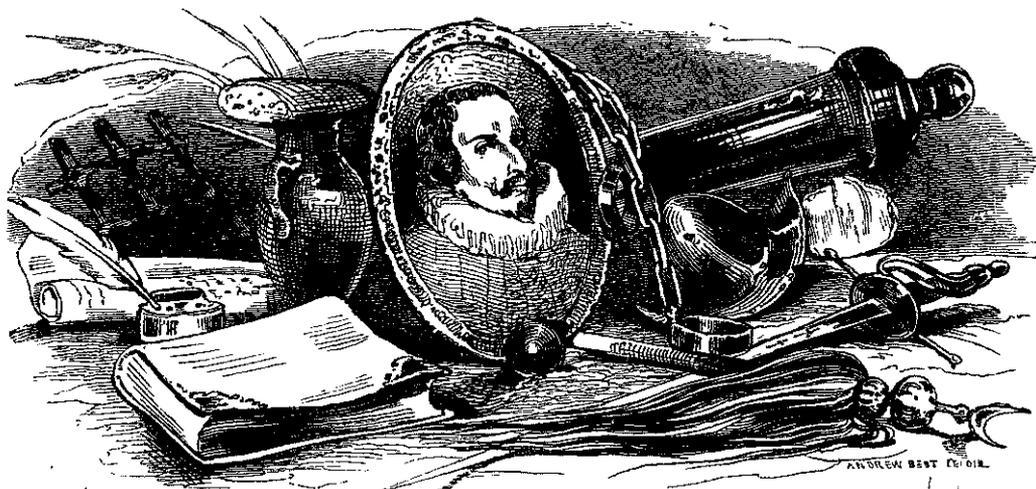
TOMO PRIMERO.

§§§§§
§§§§§

BARCELONA.

IMPRENTA DE ANTONIO BERGNES Y COMPAÑIA,
CALLE DE ESCUDELLERS, N.º. 2.

—
M DCCC XL.



NOTICIA

SOBRE

LA VIDA Y ESCRITOS DE CERVANTES.



BSÉRVASE que la historia de los Ingenios suele ceñirse á sus obras duraderas, pues en ellas se cifran sus hechos, y el hombre se apersona en el autor. No sucede así con Cervantes. Hombre esclarecido antes de ser escritor eminente, sobresalió con sus acciones antes de escribir una obra inmortal. Interesaría su historia, aun cuando careciera del embeleso de su nombradía, pues su vida rebosa, al par de sus escritos, de halago y de moralidad.

Desconocido antes y aun mucho despues de su muerte, no tuvo biógrafos Cervantes en la temporada contemporanea, cuando embargando la atencion un sujeto esclarecido, va recogien-

do con ahinco los rasgos de una existencia afamada. Se han requerido despues los conatos de una admiracion póstuma y tardía para construir, al arrimo de la tradicion, de documentos auténticos y aun de congeturas no menos que de certidumbre, el edificio incompleto de una vida dilatada y eficazísima. Quedan largos vacios por llenar y dudas que despejar; mas lo ya comprobado, junto con lo probable, basta en el dia para retratar al vivo la suerte de un hombre esclarecido que está condecorando á la humanidad entera.

No se ha logrado aun descubrir el sepulcro de Cervantes, como se ocultó larguísimo tiempo su cuna. Hasta ocho pueblos se disputaron aquel timbre: Madrid, Sevilla, Toledo, Lucena, Esquivias, Alcázar de San Juan, Consuegra y Alcalá de Henares. Nació en esta ciudad, y se bautizó el 9 de octubre de 1547 en la iglesia parroquial de Santa María la Mayor. Su familia, oriunda de Galicia, y luego avecindada en Castilla, sin ser de la primera nobleza, correspondía á la clase de los hidalgos. Suena honoríficamente en los anales de España el apellido de Cervantes desde el siglo trece, pues asistieron allá guerreros que lo llevaban en las conquistas grandiosas de San Fernando, en las tomas de Baeza y de Sevilla. Les cupieron repartos de territorio, al repoblar los baldios que iban dejando los Moros, y asoman otros Cervantes por la conquista del Nuevo Mundo, trasladando allí varias ramas del tronco principal. A principios del siglo diez y seis se hallaba Juan de Cervantes de corregidor en Osuna, y su hijo Rodrigo se desposó, por los años de 1540, con Doña Leonor de Cortinas, señora noble del lugar de Barajas. Nacieron de este enlace, primero dos niñas, Doña Andrea y Doña Luisa, y luego dos hijos, Rodrigo y Miguel, siendo este el menor de toda aquella familia, tan menesterosa como honrada.

Poco consta de la mocedad de Cervantes. Se deja discurrir que nacido en pueblo de universidad, á donde acudían los jóvenes de Madrid que solo dista cuatro leguas, cursaria allí sus primeros estudios. Lo que sabemos por su propio testimonio es que, desde su niñez, era aficionadísimo á las letras, cebado en la lectura hasta el extremo de *ir recogiendo por las calles los girones de papelillos desperdiciados*. Sobresalió su propension á la poesia y al teatro con los tablادillos del famoso Lope de Rueda, comediante de la legua y fundador del teatro español, á quien, desde antes de la edad de once años, estuvo viendo representar en Segovia y Madrid.

Miguel, ya mozo, pasó á Salamanca, donde estuvo dos años, matriculado como estudiante en aquella universidad afamada. Consta que vivió en la calle de *los Moros*, y allí fué donde se impuso en las costumbres de los estudiantes que retrató tan al vivo en varios pasos de sus obras, y con especialidad en la segunda parte del *Quijote* y en dos de sus mejores novelas, el *Licenciado Vidriera* y la *Tia Fingida*. Aparece luego despues

en la escuela de un humanista harto conocido y llamado Juan Lopez de Hoyos. Encargó el ayuntamiento de Madrid á este catedrático que compusiera las alegorías y rótulos que debian realzar, en la iglesia de las Descalzas Reales, el mausoleo de la reina Isabel de Valois, cuando se le tributaron exequias magnificas en el año 1568. Auxiliaron á Hoyos algunos de sus alumnos aventajados, y entre estos aparece el primero Cervantes. En la *Relacion* publicada por aquel profesor, quien refiere la enfermedad, la muerte y los funerales de la reina, menciona como obra de Cervantes, á quien repetidamente llama su *querido y amado discipulo*, el primer epitafio en forma de soneto, cuatro *redondillas*, una *copla castellana*, y en fin una elegía en *tercetos*, compuesta en nombre de toda la escuela, dedicada al cardenal Don Diego de Espinosa, presidente del consejo de Castilla é inquisidor general.

Merecieron aceptacion estos ensayos; y con sus ínfulas escolares, compuso el poema de Filena, varios sonetos, algunos romances, y en fin *rimas* ó *poesias varias*, partos de que hace mencion al fin de su vida, en el Viaje al Parnaso, pero de los cuales solo queda esta memoria.

Sobrevino por entónces en el palacio de Felipe II aquella tragedia misteriosa, cuyo desenlace doble fué la muerte del principe Don Carlos y de la reina Isabel, que le sobrevivió tan solo dos meses. Envió luego el papa Pio V un nuncio á Madrid, para dar el pésame al rey de España, é instar á vueltas de esta embajada de ceremonia, por ciertos derechos de la iglesia denegados por Felipe en sus dominios de Italia. Era el nuncio un prelado romano llamado Julio Aquaviva, hijo del duque de Atri, quien obtuvo el capelo á su regreso de España. No cabia que su venida fuese del agrado de Felipe, quien tenia mandado terminantemente que nadie, principe ó súbdito, le hablase de la muerte de su hijo, y embargado como estaba en sus devociones, nunca cejó sobre punto alguno ante la corte de Roma; y por tanto fué muy breve la mansion del legado en Madrid, dándole á los dos meses, el 2 de diciembre de 1568, su pasaporte, ceñido á su regreso inmediato é imprescindible por Valencia y Barcelona. El mismo Cervantes afirma que sirvió en Roma al cardenal Aquaviva en clase de *camarero*, y así es de suponer que el nuncio, á quien pudieron presentar á Cervantes como uno de los poetas del catafalco de la reina, se prendó de sus circunstancias, y conolido de su desamparo, no menos que de su talento, tuvo á bien admitirle en lo que llamaban á la sazón la *familia* de un grande, por no apellidarle criado. Era por lo demás estilo corriente, pues muchos hidalgos españoles, sin aprension alguna de mengua, se solian avenir al servicio de la púrpura romana, ya para viajar de balde por Italia, ya para lograr algunas ventajas con la privanza de sus amos.

Entónces fué cuando Cervantes atravesó por Valencia y Barcelona, que suele encarecer en sus escritos, como tambien las provincias meridionales

de Francia, descritas en su *Galatea*; pues aquella fué la única temporada en que pudo ver aquel país.

En medio del ocio y descanso que le proporcionaria la antesala del prelado romano, y la coyuntura todavía mas preciosa para engolfarse en su afición de poeta, paró poco Cervantes en aquella colocacion, pues se alistó desde el año siguiente, 1569, en las tropas españolas que estaban acuarteladas por Italia. No habia para los hidalgos menesterosos mas carrera que la de la iglesia ó la de las armas: esta fué la que antepuso Cervantes, y sentó plaza de *soldado*. No tenia esta voz idénticamente el mismo sentido que ahora, pues venia á ser un infimo grado militar, del cual se ascendia al de alférez, y tal vez á la clase de capitán; y así no se admitia á todo viniente, y era lo que se entendia entónces por *sentar plaza*.

El momento era adecuado para los alientos de Cervantes, pues en la contienda que se acababa de entablar iban á estrellarse la cristiandad y el islamismo. Selim II, atropellando tratados, invadió en medio de la paz la isla de Chipre, posesion de los Venecianos. Imploraron estos el auxilio del papa Pio V, quien incorporó luego sus galeras y las de España, á las órdenes de Marco Antonio Colona, con las de Venecia. La armada entera dió la vela, á principios del verano de 1570, para los mares de levante, con el intento de atajar la carrera al enemigo comun; mas se malogró la campaña por desavenencias é irresoluciones de los caudillos confederados. Tomaron los Turcos á Nicosia por asalto, fueron estendiendo sus conquistas por toda la isla, y las escuadras cristianas, averiadas con las tormentas, tuvieron que aportar en los parages de donde habian salido. Hallábanse, entre las cuarenta y nueve galeras españolas incorporadas con las del papa al mando superior de Juan Andrés Doria, las veinte galeras de Nápoles mandadas por el marqués de Santa Cruz. Se habian reforzado sus tripulaciones con cinco mil soldados españoles, entre los cuales se comprendia tambien la compañía del valeroso capitán Diego de Urbina, destacada del tercio de Miguel de Moncada. En ella se habia alistado Cervantes por estreno de su nueva profesion.

Durante el vernadero de Nápoles, se preparaban mas y mas las disposiciones en las tres potencias marítimas del mediodía de Europa, y los diplomáticos de aquel tiempo echaban los cimientos de la alianza que debia hermanarlas pasageramente. Por fin, el 20 de mayo de 1571, se firmó el famoso tratado de *la Liga* entre el papa, el rey de España y la república de Venecia. Las tres potencias contractantes nombraron generalísimo de las fuerzas combinadas al hijo natural de Carlos V, Don Juan de Austria, que acababa de esclarecerse por su estreno en la carrera militar, aniquilando la rebeldía dilatada de los Moriscos granadinos.

Juntó Don Juan ejecutivamente en Barcelona sus veteranos de las Alpujarras, y entre ellos los *tercios* esclarecidos de Don Miguel de Moncada y

de Don Lope de Figueroa, y dando sin demora la vela para la Italia, entró, el 26 de junio, en la bahía de Génova con cuarenta y siete galeras. Repartidas la tropa y la tripulación por todos los bageles de la armada, aportó en Mesina de Sicilia á donde iban acudiendo las fuerzas combinadas. En aquella distribución habian cabido á las galeras de Juan Andrés Doria, que estaba en el servicio de España, dos compañías nuevas de veteranos tomadas del tercio de Moncada, las de Urbina y de Rodrigo de Mora; y Cervantes siguió á su capitán en la galera *Marquesa*, mandada por Francisco Santo Pietro.

La escuadra de los confederados, despues de abastecer á Corfú, persiguiendo á la enemiga, la avistó el 7 de octubre en la madrugada, á la embocadura del golfo de Lepanto. Se entabló la refriega poco despues del mediodía, por el ala de Barbarigo; se fué estendiendo por toda la línea, y vino á terminarse al anochechar con una de las victorias mas esclarecidas y sangrientas, y de las mas infructuosas, que suenan en los anales modernos.

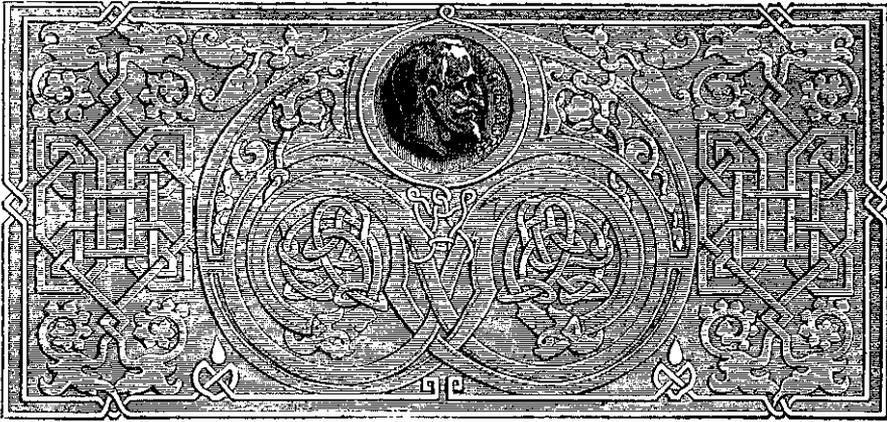
Hallábase á la sazón Cervantes calenturiento, y á los asomos del combate, el capitán y los compañeros le instaron para que se retirase al entrepuentes; mas el gallardo descendiente de los vencedores de Sevilla, aunque debilitado con la enfermedad, lejos de avenirse á consejo tan apocado, rogó que se le destinase al punto mas espuesto, y lo colocaron con doce soldados selectos junto al esquiife. Descolló su galera *Marquesa* en el transee; abordó á la capitana de Alejandria, le mató cerca de quinientos Turcos, incluso el comandante, y tomó el estandarte real de Egipto. En el ardor de la refriega sangrienta, Cervantes recibió tres arcabuzazos, dos en el pecho y uno en la mano izquierda, que se le desbarató y le quedó estropeada para siempre. Ufano con razon de haber tenido parte tan gloriosa en aquella ocasion memorable, Cervantes nunca se apesadumbro del malogro de su mano, y anduvo repitiendo que se complacia de haber costeadó á tan alto precio el blason de contarse entre los soldados de Lepanto, y en testimonio de su valentía, que estimaba mucho mas que su ingenio, se preciaba de enseñar sus heridas, recibidas, solia decir, en el trance mas esclarecido que vieron los siglos pasados y presentes, y que han de ver los venideros..... y como luceros que deben guiar á los demás al cielo del pundonor.

Ansiaba Don Juan utilizar la victoria allanando los castillos de Lepanto y de San Mauro, y bloquear á los Turcos en los Dardanelos; pero la otomana fiera, la escasez de abastos, el crecido número de heridos y enfermos, en fin la órden espresa de su hermano Felipe, le precisaron á regresar á Mesina, donde entró el 31 de octubre. Las tropas se fueron acuartelando de invernada, y cupo al tercio de Moncada el mediodia de Sicilia; mas Cervantes, herido y enfermo, tuvo que permanecer en Mesina y sus hospita-

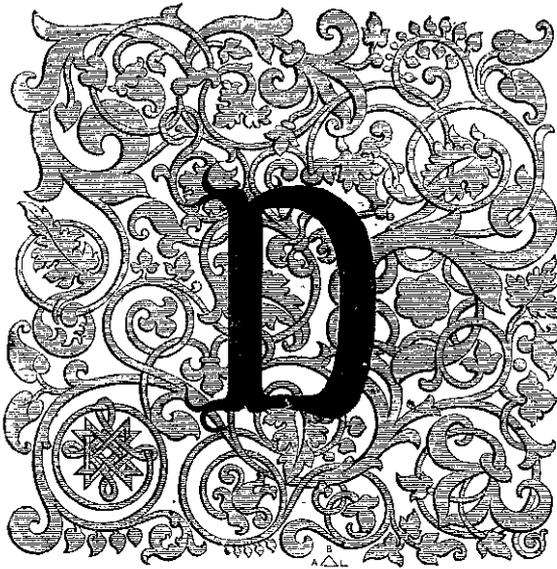
les por espacio de seis meses. Don Juan de Austria, finísimo con él ya desde el día posterior al combate, al ir visitando los diferentes cuerpos de la armada, no lo olvidó tampoco en aquel desamparo. Constan los socorros que le hizo entregar por la pagaduría de la escuadra, con fecha del 15 y 25 de enero, y 9 y 17 de marzo de 1572. Restablecido por fin Cervantes, una orden del generalísimo á los oficiales de cuenta y razon señaló una paga alzada de tres escudos mensuales al soldado Cervantes, que pasó á una compañía del tercio de Figueroa.

Desdijo mucho la campaña siguiente de los resultados grandiosos que se estuvieron esperando. Acababa de morir Pio V, el alma de la *liga*; los Venecianos, lastimados en sus intereses del comercio de Levante, se habian entibiado; vino á quedar la España sola en la demanda con los Turcos, quienes, sostenidos con la llamada que estaba haciendo la Francia á su favor contra el rey católico, el año mismo de San Bartolomé, amenazando á la Flándes española, se habian preparado en gran manera y amagaban ahora un desembarco por las costas de Sicilia. Sin embargo el 6 de junio dió la vela Marco Antonio Colona, para el Archipiélago, con parte de la escuadra confederada, entre otras, las treinta y seis galeras del marqués de Santa Cruz, donde se hallaba la compañía del tercio de Figueroa, en la que habia entrado Cervantes. Salió Don Juan de Austria con el resto de la armada el 9 de agosto; mas ambas escuadras desperdiciaron la estacion en pos una de otra, y reunidas por fin en setiembre, malograron por la torpeza de los pilotos la coyuntura de embestir aventajadamente á la escuadra turca, dividida ciegamente entre los puertos de Navarino y de Modon. Tras una tentativa infructuosa de asalto contra el castillo de Navarino, tuvo Don Juan que reembarear su tropa, y retirarse á principios de noviembre al puerto de Mesina. Cervantes refiere por estenso, en la historia del *Capitan Cautivo*, el pormenor de aquella campaña inservible, de 1572, en que tuvo parte.

No trataba sin embargo Felipe II de abandonar sus intentos, pues era su ánimo agolpar, al principiar la primavera inmediata, hasta trescientas galeras en Corfú, y dar al través para siempre con la marina otomana; pero los Venecianos, que estaban reservadamente negociando con Selim con la mediacion de la Francia, firmaron un tratado de paz en marzo de 1573. Tan inesperada desercion quebrantó la *liga* y retrajo de todó intento contra la Turquía. Para emplear aquel aparato de fuerzas agolpadas por la España se acordó hacer un desembarco en Argel ó en Túnez. A este último intento se atuvieron igualmente Felipe y Don Juan, mas el rey queria únicamente destronar al Turco Aluch-Ali, para restablecer al Moro Muley Mohamed, y dismantelar unas fortalezas costosísimas de mantener, al paso que el principe hermano, á quien negaba el dictado de infante de España,



PROLOGO.



ESOCUPADO lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo y mas discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir la órden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así ¿qué podia engendrar el esté-

ril y mal cultivado ingenio mio, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno: bien como quien se engendró en una cárcel donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitación?

tiano, que es un contento y un regalo oírle ó leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo que acotar en el márgen, ni que anotar en el fin, ni menos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, co-



mo hacen todos, por las letras del A B C, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoido ó Zeuxis, aunque fué maldiciente el uno y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de sonetos al principio, á lo menos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas ó poetas celebérrimos. Aunque si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos, yo sé que me los darian, y tales que no les igualasen los de aquellos que tienen mas nombre en nuestra España.

En fin, señor y amigo mio, proseguí, yo determino que el señor Don Quijote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el cie-

lo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltron y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspension y elevamiento en que me hallastes, bastante causa para ponerme en ella la que de mí habeis oido. Oyendo lo cual mi amigo, dándose una palmada en la frente y disparando en una larga risa, me dijo: por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones. Pero ahora veo que estais tan lejos de serlo como lo está el cielo de la tierra.

¿Cómo que es posible que cosas de tan poco momento y tan fáciles de remediar, puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho á romper y atropellar por otras dificultades mayores? A la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Quereis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y veréis como en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decís que os suspenden y acorbardan para dejar de sacar á la luz del mundo la historia de vuestro famoso Don Quijote, luz y espejo de toda la caballería andante. Decid, le repliqué yo, oyendo lo que me decia, ¿de qué modo pensais llenar el vacío de mi temor, y reducir á claridad el caos de mi confusion? A lo cual él dijo: lo primero en que reparais de los sonetos, epigramas ó elogios que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mismo tomeis algun trabajo en hacerlos, y despues los podeis bautizar y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al Preste Juan de las Indias ó al emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas: y cuando no lo hayan sido, y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detrás os muerdan y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedis, porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay mas sino hacer de manera que vengan á pelo algunas sentencias ó latines que vos sepais de memoria, ó á lo menos que os cuesten poco trabajo el buscarlos, como será poner, tratando de libertad y cautiverio:

Non bene pro toto libertas venditur auro.

Y luego en el margen citar á Horacio, ó á quien lo dijo. Si tratáredes del poder de la muerte, acudir luego con:

Pallida mors æquo pulsat pede
Pauperum tabernas, regumque turres.

Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la escritura divina, que lo podeis hacer con tantico de curiosidad, y decir las palabras por lo menos del mismo Dios: *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros*. Si tratáredes de malos pensamientos, acudid con el evangelio: *De corde exeunt cogitationes malæ*. Si de la inestabilidad de los amigos, ahí está Caton que os dará su distico:

Donec eris felix, multos numerabis amicos,
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

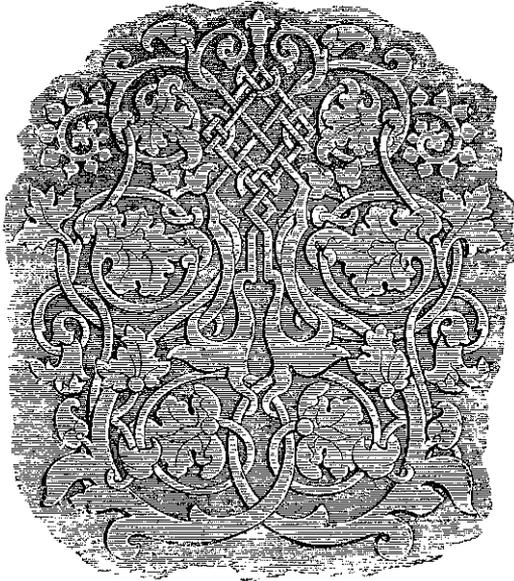
Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho el dia de hoy. En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeis hacer desta manera. Si nombráis algun gigante en vuestro libro, hacelde que sea el gigante Golias, y con solo esto, que os costará casi nada, teneis una grande anotacion, pues podeis poner: *El gigante Golias ó Goliath fué un filisteo á quien el pastor David mató de una gran pedrada en el valle de Teberinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes, en el capítulo que vos halláredes que se escribe.*

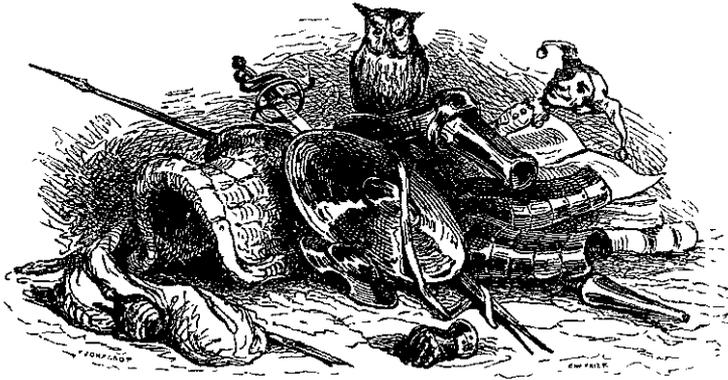
Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y veréis luego con otra famosa anotacion poniendo: *El rio Tajo fué así dicho por un rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Océano besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinion que tiene las arenas de oro, etc.* Si tratáredes de ladrones, yo os daré la historia de Caco, que la sé de coro. Si de mugeres rameras, ahí está el obispo de Mondoñedo, que os prestará á Lamia, Laida y Flora, cuya anotacion os dará gran crédito. Si de crueles, Ovidio os entregará á Medea. Si de encantadoras y hechiceras, Homero tiene á Calispo, y Virgilio á Circe. Si de capitanes valerosos, el mismo Julio César os prestará á si mismo en sus comentarios; y Plutarco os dará mil Alejandro. Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepais de la lengua toscana, toparéis con Leon Hebreo, que os hincha las medidas. Y si no quereis andaros por tierras estrañas, en vuestra casa teneis á Fonseca *Del amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el mas ingenioso acertare á desear en tal materia. En resolucion no hay mas sino que vos procureis nombrar estos nombres, ó tocar estas historias en la vuestra, que aqui he dicho, y dejadme á mi el cargo de poner las anotaciones y acotaciones, que yo os voto á tal de llenaros los márgenes y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos ahora á la citacion de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habeis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decís. Pues ese mismo abecedario pondréis vos en vuestro libro, que puesto que á la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teniades de aprovecharos dellos, no importa nada: y quizá alguno habrá tan simple que crea que de todos os habeis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra. Y cuando no sirva de otra cosa, por lo menos servirá aquel largo catálogo de autores á dar de improviso autoridad al libro. Y mas, que no habrá quien se ponga á averiguar si los seguistes ó no los seguistes, no yéndole nada en ello. Cuanto mas que, si bien caido en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le falta, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerias, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Ciceron: ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrolojia: ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutacion de los argumentos de quien se sirve la retórica, ni tiene para que predicar á ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningun cristiano entendimiento. Solo tiene que aprovecharse de la imitacion en lo que fuere escribiendo, que cuanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira á mas que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerias, no hay para que andeis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la divina escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas salga vuestra oracion y periodo sonoro y festivo, pintando, en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, vuestra intencion, dando á entender vuestros conceptos, sin intricarlos y oscurecerlos. Procurad tambien que leyendo vuestra historia el melancólico se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invencion, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta á derribar la máquina mal fundada destes caballerescos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos mas: que si esto alcanzásedes, no habriades alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decia, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones que sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este prólogo: en el cual verás, lector suave, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en

hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso Don Quijote de la Mancha, de quien hay opinion por todos los habitantes del distrito del campo de Montiel, que fué el mas casto enamorado y el mas valiente caballero que de muchos años á esta parte se vió en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte á conocer tan notable y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza su escudero, en quien á mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud, y á mí no olvide. VALE.





DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

PARTE PRIMERA.—CAPITULO I.

Que trata de la condicion y egejicio del famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha.



de los cuarenta y una sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de

N un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivia un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocin flaco y galgo corredor. Una olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viérnes, algun palomino de añadidura los domingos consumian las tres partes de su hacienda (1). El resto della concluian sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuños de lo mismo, y los dias de entre semana se honraba con su vellorí de lo mas fino. Tenia en su casa una ama que pasaba

(1) Cervantes nota la económica mezquindad con que vivian los hidalgos manchegos, convirtiendo en salpicon para cena los restos de carne de la co-
TOMO I.

campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexion recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la



caza. Quieren decir que tenia el sobrenombre de Quijada ó Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben),

mida; y segun Pellicer, llamábase *duelos y quebrantos* la olla menos sustanciosa y agradable, que producía la carne acecinada de las ovejas muertas desgraciadamente en la semana, y que los pastores al fin della presentaban á los dueños del ganado, quienes, quebrantados los huesos, la guardaban para usos domésticos, y particularmente para el puchero del sábado en cuyo día se observaba riguroso ayuno en toda España con motivo de la batalla ganada contra los Moros, en 1212, en las Navas, mandando los tercios cristianos el rey Don Alonso el octavo, quien instituyó la fiesta del Triunfo de la Santa Cruz.

El Papa Benedicto XIV abolió esta costumbre á mediados del siglo XVIII.

aunque por congeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto importa poco á nuestro cuento: basta que en la narracion dél no se salga un punto de la verdad. Es pues de saber que este sobredicho hidalgo los ratos que estaba ocioso (que eran los mas del año) se daba á leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el egercicio de la caza, y aun la administracion de su hacienda; y llegó á tanto su curiosidad, y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías que leer, y así llevó á su casa todos cuantos pudo haber dellos: y de todos ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano



de Silva (1); porque la claridad de su prosa, y aquellas enricadas razones suyas le parecían de perlas: y mas cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: *la razon de la sinrazon que á mi razon se hace, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quejo de la vuestra fermosura.* Y tambien cuando leía: *los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.* Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que Don Belianis daba y recibía, porque se imaginaba que por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero con todo alababa en su autor aquel acabar su libro con la

(1) Feliciano de Silva, natural de Ciudad Rodrigo, escribió estos libros que tituló «Crónica de los muy valientes caballeros Don Florisel de Nigüea y el fuerte Anaxartes.....» Corregido del estilo antiguo en que lo escribió Cirphea, reina de Argines..... Publicado en Zaragoza en 1584.

promesa de aquella inacabable aventura (1), y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y dalle fin al pié de la letra como allí se promete: y sin duda alguna lo hiciera y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el



cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza (2)) sobre cuál habia sido mejor caballero, Palmerin de Inglaterra, ó Amadis de Gaula: mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decia que ninguno llegaba al caballero del Febo, y que si alguno se le podia comparar, era Don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo; que no era caballero melindroso, ni tan lloron

(1) Gerónimo Fernandez, autor de la historia de Belianis de Grecia, dice: « Le he esperado y no viene (al sabio Triston, autor, segun supone, del original); y suplir yo con fingimientos á historia tan estimada seria agravio, y así la dejaré en esta parte, dando licencia á cualquiera á cuyo poder viniere la otra parte, la ponga junto con esta, porque yo quedo con hártá pena y deseo de verla. » (Libro 4, cap. 75.)

(2) En tiempo de Cervantes se estimaban en poco los grados obtenidos en las universidades de segundo orden, de las cuales se decia, segun Cristóval Suarez de Figueroa, *accipiamus pecuniam et mittamus asinum in patriam suam.*

como su hermano, y que en lo de la valentia no le iba en zaga. En resolucion él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio: y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasia de todo aquello que leia en los libros, así de encantamientos como de pependencias, batallas, desafios, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles. Y asentósele de tal modo en la imaginacion que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leia, que para él no habia otra historia mas cierta en el mundo. Decia él que el Cid Rui Diaz habia sido muy buen caballero; pero que no tenia que ver con el caballero de la Ardiente Espada, que de solo un revés habia partido por medio dos fieros y descomunales gigantes.



Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles habia muerto á Roldan el encantado, valiéndose de la industria de Hércules cuando ahogó á Anteon el hijo de la Tierra entre los brazos. Decia mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generacion gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero sobre todos estaba bien con Reynaldos de Montalvan, y mas cuando le veia salir de su castillo, y robar cuantos topaba, y cuando en Allende robó aquel ídolo de Mahoma (1), que era todo de oro, segun dice su historia.

(1) Varios escritores antiguos incurrieron en el error de suponer la existencia de ídolos entre los Mahometanos, siendo así que, como á los Hebreos por la ley de Moisés, les están prohibidas toda clase de imágenes. Tambien lo confundieron algunos de nuestros romancistas, llamando paganos á los Moros.

Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalon (1), al ama que tenia y aun á su sobrina de añadidura. En efecto rematado ya su juicio vino á dar en el mas estraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fué que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras, y á egercitarse en todo aquello que él habia leido que los caballeros andantes se egercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda: y así con estos tan agradables pensamientos, llevado del estraño gusto que en ellos sentia, se dió priesa á poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fué limpiar unas armas que habian sido de sus bisagüelos, que tomadas de orin y llenas de moho, luengos siglos habia que estaban puestas y olvidadas en un rincon. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenian una gran falta, y era que no tenian celada de encaje, sino morrion simple: mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que encajada con el morrion hacia una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte, y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que habia hecho en una semana: y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la habia hecho pedazos, y por asegurarse deste peligro la tornó á hacer de nuevo poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza y sin querer hacer nueva esperiencia dellá la diputó y tuvo por celada finísima de encaje. Fué luego á ver á su rocin, y aunque tenia mas cuartos que un real, y mas tachas que el caballo de Gonela (2), que *tantum pellis et ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro dias se le pasaron en imaginar qué nombre le pondria, porque (segun se decia él á si mismo) no era razon que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido, y así procuraba acomodársele de manera que declarase quién habia sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entónces: pues estaba

(1) El conde Galalon de Maganza fué apellidado *Traidor*, por haber entregado á los Sarracenos el ejército cristiano en la garganta de Roncesvalles, donde se dice murieron los doce pares de Francia.

(2) Pedro Gonela, bufon del duque Borso de Ferrara, vivió en el siglo XV. Lo flaco y estenuado de su caballo dió motivo á chistes que se refieren en la coleccion que de ellos hizo Luis Dominichi. La cita latina es tomada de Plauto en su comedia aulularia (acto 3º, escena 6ª.)

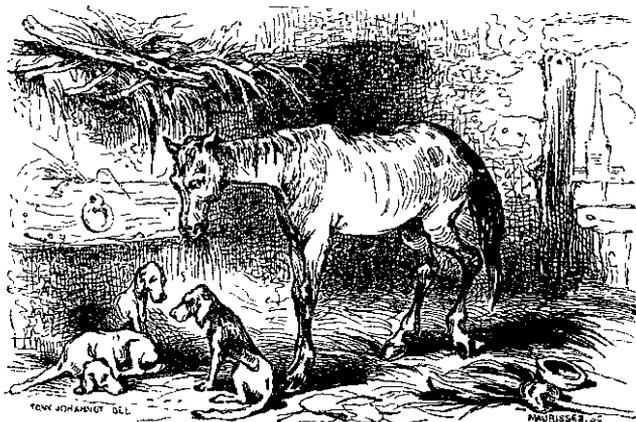
muy puesto en razon que mudando su señor estado , mudase él tambien el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenia á la nueva órden y al nuevo egercicio que ya profesaba : y así despues de muchos



nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginacion, al fin le vino á llamar ROCINANTE (4), nombre á su parecer alto, sonoro y significativo de lo que habia sido quando fué rocin, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre y tan á su gusto á su caballo, quiso

(1) Sabido es que *rocin* significa comunmente caballo flaco de mala estampa y poco valor. Don Quijote llamó Rocinante á su caballo para indicar que habia sido *rocin* antes, y que entónces era el *ante rocin*, primero y mayor rocin de todos los rocines del orbe.

ponérsele á sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho dias, y al cabo se vino á llamar DON QUIJOTE: de donde, como queda dicho, tomaron ocasion los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se debía



llamar Quijada, y no Quesada (1), como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadis no solo se había contentado con llamarse Amadis á secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria por hacerla famosa, y se llamó Amadis de Gaula, así quiso como buen caballero añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse DON QUIJOTE DE LA MANCHA, con que á su parecer declaraba muy al vivo su linage y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. Limpias pues sus armas, hecho del morrion celada, puesto nombre á su rocin, y confirmandose á sí mismo (2), se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Decíase él: si yo por malos de mis pecados, ó por mi buena suerte me encuentro por ahí con algun gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un

(1) Cervantes al principiar este capítulo supone con verosimilitud se llama-se Quijana. Un literato moderno dice con razon fuera mejor la supresion de este periodo, que ni es necesario, ni está en armonía con lo dicho al principio. Quijote puede derivar de la palabra francesa *Cuissart*, pieza de la armadura que cubria el muslo.

(2) Alusion á la costumbre poco comun de cambiar el nombre del bautismo al recibir el sacramento de la confirmacion.

encuentro ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo, ¿no será bien tener á quien enviarle presentado, y que entre y se hincue de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida:



yo soy el gigante Caraculiambro, señor de la insula Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante? ¡O cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y mas cuando balló á quien dar nombre de su dama! y fué, á lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo habia una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, segun se entiende, ella jamás lo supo ni se dió cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y á esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensa-

mientos: y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino á llamarla **DULCINEA DEL TOBOSO**, porque era natural del Toboso: nombre á su parecer músico y peregrino, y significativo como todos los demás que á él y á sus cosas había puesto.





EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE

DE LA MANCHA,

COMPUESTO POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Edición adornada

CON 800 LAMINAS

REPARTIDAS POR EL CONTEXTO.

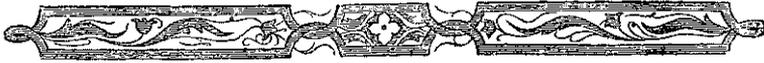
500000
788888

TOMO SEGUNDO.

500000
788888

BARCELONA.
IMPRENTA DE ANTONIO BERGNES Y COMPAÑIA,
CALLE DE ESCUDELLERS, N.º. 2.

—
M DCCC XL.



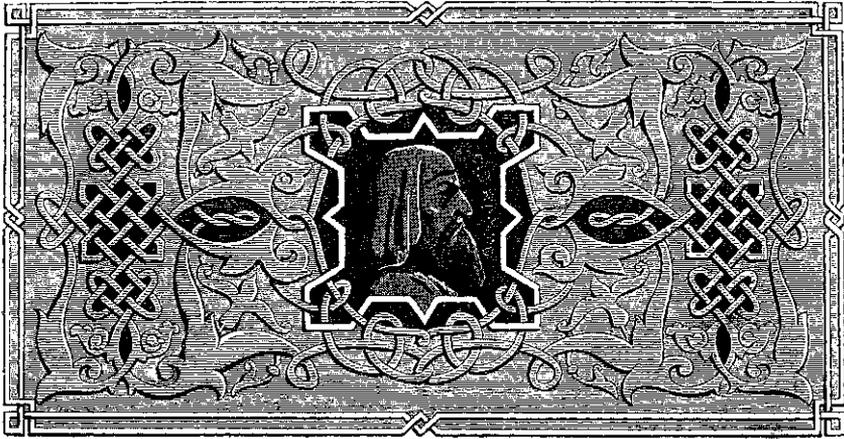
DEDICATORIA

AL CONDE DE LEMOS.

Enviando á V. E. los dias pasados mis comedias, antes impresas que representadas, si bien me acuerdo dije, que Don Quijote quedaba calzadas las espuelas para ir á besar las manos á V. E.; y ahora digo, que se las ha calzado y se ha puesto en camino, y si él allá llega, me parece que habré hecho algun servicio á V. E., porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan á que le envíe, para quitar el amago y la náusea que ha causado otro Don Quijote, que con nombre de segunda parte se ha disfrazado y corrido por el orbe: y el que mas ha mostrado desearle ha sido el grande emperador de la China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome, ó por mejor decir, suplicándome se le enviase, porque queria fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana, y queria que el libro que se leyese fuese el de la historia

de Don Quijote: juntamente con esto me decia que fuese yo á ser el rector del tal colegio. Preguntéle al portador, si su magestad le habia dado para mí alguna ayuda de costa. Respondióme que ni por pensamiento. Pues, hermano, le respondí yo, vos os podeis volver á vuestra China á las diez, ó á las veinte, ó á las que venis despachado, porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viage; además que sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros, y emperador por emperador, y monarca por monarca, en Nápoles tengo al grande conde de Lemos, que sin tantos titulillos de colegios, ni rectorías me sustenta, me ampara y hace mas merced que la que yo acierto á desear. Con esto le despedí, y con esto me despido, ofreciendo á V. E. los trabajos de Pérsiles y Sigismunda, libro á quien daré fin dentro de cuatro meses, DEO VOLENTE; el cual há de ser, ó el mas malo, ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento: y digo que me arrepiento de haber dicho el mas malo, porque segun la opinion de mis amigos, ha de llegar al estremo de bondad posible. Venga V. E. con la salud que es deseado, que ya estará Pérsiles para besarle las manos, y yo los piés, como criado que soy de V. E. De Madrid último de octubre de mil seiscientos y quince.—Criado de V. E.

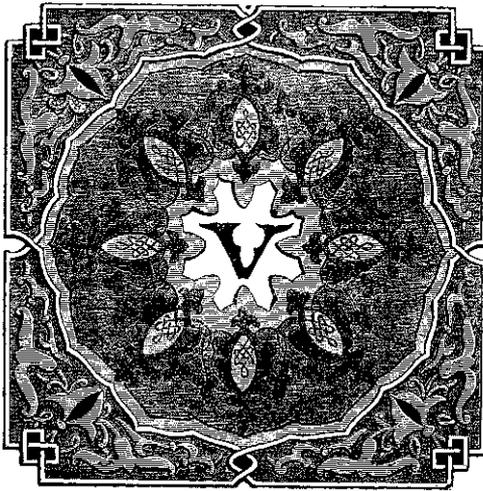
Miguel de Cervantes Saavedra.



ANDREW, DENT, 14, LUDG. ST.

PROLOGO

AL LECTOR.



ALAME Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector illustre, ó quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo Don Quijote: digo de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas, y nació en Tarragona (1). Pues en verdad que no te he de dar este contento, que puesto que los agravios despiertan la cólera en los mas humildes pechos, en el mio ha de padecer escepcion esta regla. Quisieras tú

(1) En Tarragona, en el año de 1614, salió á luz la segunda parte del Quijote, compuesta por el licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, natural de Tordesillas, aunque, segun Cervantes, el autor fué un fraile dominico aragonés, que ocultó su nombre.

que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma, y allá se lo haya. Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la mas alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros (1). Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo menos en la estimacion de los que saben donde se cobraron: que el soldado mas bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga: y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella faccion prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guian á los demás al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza: y hase de advertir, que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años. He sentido tambien que me llame invidioso, y que como á ignorante me describa qué cosa sea la invidia, que en realidad de verdad; de dos que hay, yo no conozco sino á la santa, á la noble y bien intencionada: y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningun sacerdote, y mas si tiene por añadidura ser familiar del santo oficio (2); y si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupacion continua y virtuosa. Pero en efecto le agradezco á este señor autor el decir que mis novelas son mas satiricas que ejemplares, pero que son buenas, y no lo pudieran ser si no tuvieran de todo. Paréceme que me dices que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los términos de mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir afliccion al afligido, y que la que debe de tener este señor sin duda es grande, pues no osa parecer á campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traicion de lesa magestad. Si por ventura llegares á conocerle, dile de mi parte que no me tengo por agraviado, que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle á un hombre en el entendimiento que puede componer y imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama, y para confirmacion desto quiero que en tu buen donaire y gracia le cuentes este cuento.

(1) Cervantes se refiere á la batalla de Lepanto en la que recibió tres arcabuzazos, dos en el pecho, y uno en la mano izquierda.

(2) Alusion á Lope de Vega, que habiendo sido casado dos veces, fué sacerdote y familiar del santo oficio.

Habia en Sevilla un loco, que dió en el mas gracioso disparate y tema que dió loco en el mundo. Y fué, que hizo un cañuto de caña puntiagudo en el fin; y en cogiendo algun perro en la calle, ó en cualquiera otra parte, con el un pié le cogia el suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podia le acomodaba el cañuto en la parte que soplándole, le ponía redondo como una pelota, y en teniéndolo desta suerte le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba diciendo á los circunstantes (que siempre eran muchos): pensarán vuestas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro. Pensará Vd. ahora que es poco trabajo hacer un libro. Y si este cuento no le cuadrare, dirásle, lector amigo, este, que tambien es de loco y de perro.

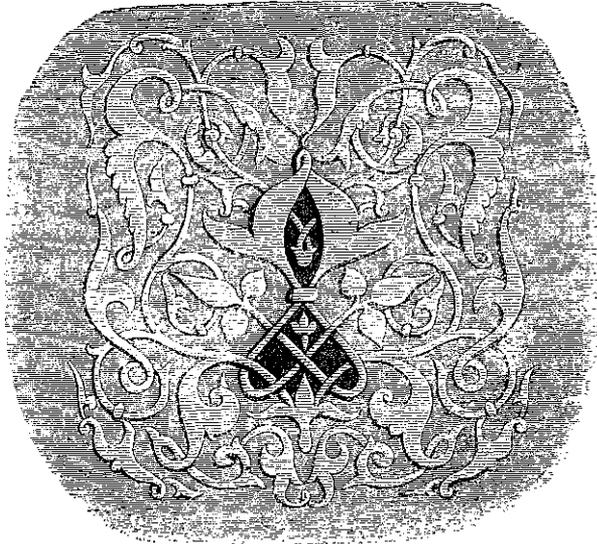
Habia en Córdoba otro loco, que tenia por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol, ó un canto no muy liviano, y en topando algun perro descuidado se le ponía junto, y á plomo dejaba caer sobre él el peso. Amohinábase el perro, y dando ladridos y aullidos no paraba en tres calles. Subedió pues, que entre los perros que descargó la carga fué uno un perro de un bonetero, á quien queria mucho su dueño. Bajó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, viólo y sintiólo su amo: asió de una vara de medir, y salió al loco, y no le dejó hueso sano, y á cada palo que le daba decia: perro ladrón, ¿á mi podenco? ¿no viste, cruel, que era podenco mi perro? y repitiéndole el nombre de podenco muchas veces, envió al loco hecho una alheña. Escarmentó el loco, y retiróse, y en mas de un mes no salió á la plaza, al cabo del cual tiempo volvió con su invencion y con mas carga. Llegábase donde estaba el perro, y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer ni atreverse á descargar la piedra, decia: este es podenco, guarda. En efecto todos cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos ó gozques, decia que eran podencos, y así no soltó mas el canto. Quizá de esta suerte le podrá acontecer á este historiador, que no se atreverá á soltar mas la presa de su ingenio en libros, que en siendo malos son mas duros que las peñas. Dile tambien que de la amenaza que me hace, que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me da un ardite, que acomodándome al entremés famoso de la Perendenga (1), le respondo, que me viva el Veinticuatro mi señor, y Cristo con todos: viva el gran conde de Lemos, cuya cristiandad y liberalidad bien conocida contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en pié: y vivame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo Don Bernardo de Sandoval y Rojas, y siquiera no haya emprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí mas libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo (2). Estos dos príncipes, sin que los solicite

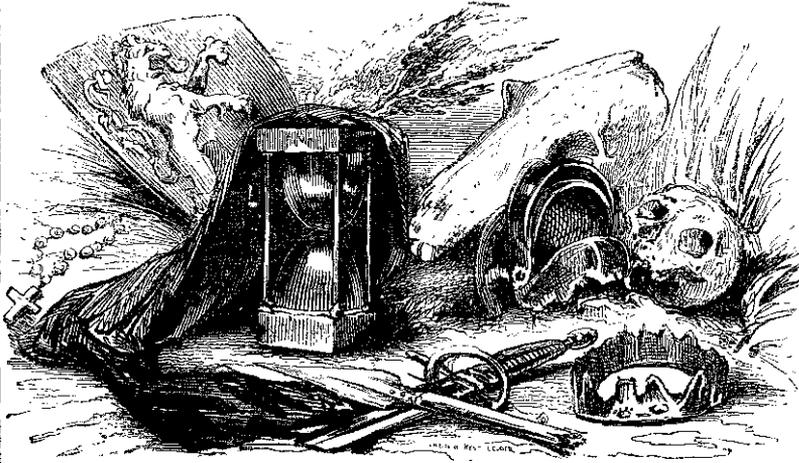
(1) Conocido sin duda en tiempo de Cervantes, y del que no se tiene en el dia noticia.

(2) De autor desconocido, aunque unos las atribuyen á Juan de Mena,

adulacion mia , ni otro género de aplauso , por sola su bondad han tomado á su cargo el hacerme merced y favorecerme , en lo que me tengo por mas dichoso y mas rico que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre. La honra puédelo tener el pobre , pero no el vicioso : la pobreza puede anublar á la nobleza , pero no escurerla del todo ; pero como la virtud dé alguna luz de sí , aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrechez , viene á ser estimada de los altos y nobles espiritus , y por el consiguiente favorecida : y no le digas mas , ni yo quiero decirte mas á ti , sino advertirte que consideres que esta segunda parte de Don Quijote que te ofrezco , es cortada del mismo artífice y del mismo paño que la primera , y que en ella te doy á Don Quijote dilatado , y finalmente muerto y sepultado , porque ninguno se atreva á levantarle nuevos testimonios , pues bastan los pasados , y basta tambien que un hombre honrado haya dado noticia destas discretas locuras , sin querer de nuevo entrarse en ellas : que la abundancia de las cosas , aunque sean buenas , hace que no se estimen , y la carestía , aun de las malas , se estima en algo. Olvidábaseme de decirte , que esperes el Pérsiles , que ya estoy acabando , y la segunda parte de Galatea.

otros á Rodrigo Cota , y otros á Fernando del Pulgar , quien por lo menos las comentó ; y Diego Henriquez del Castillo , en la crónica de Enrique IV , insertó dichas coplas y su comentario , cuyo objeto , bajo nombres y alegorias pastoriles , era satirizar el gobierno del citado rey de Castilla.





DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

PARTE SEGUNDA. — CAPITULO I.

De lo que el cura y el barbero pasaron con Don Quijote cerca de su enfermedad.



CUENTA Cide Hamete Benengeli en la segunda parte desta historia, y tercera salida de Don Quijote, que el cura y el barbero se estuvieron casi un mes sin verle por no renovarle y traerle á la memoria las cosas pasadas; pero no por esto dejaron de visitar á su sobrina y á su ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole á comer cosas confortativas y apropiadas para el corazon y el cerebro, de donde procedia segun buen discurso toda su mala ventura; las cuales dijeron que así lo hacian, y lo harian con la voluntad y cuidado posible, porque echaban de ver que su señor por momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio: de lo cual recibieron los dos gran contento por parecerles que habian acertado en haberle traído encantado en el carro de los bueyes, como se contó en la primera parte desta tan grande como puntual historia en su último capitulo; y así determinaron de visitarle y hacer esperiencia de su mejoría, aunque tenian casi por imposible que la tuviese, y acordaron de no tocarle en ningun punto de la andante caballeria por no ponerse á peligro de desco-

ser los de la herida, que tan tiernos estaban (1). Visitáronle en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde con un bonete colorado toledano, y estaba tan seco y amojamado, que no pare-



(1) Son los puntos de la herida: espresion metafórica, tomada de la costumbre de coser materialmente los cirujanos los labios de las heridas, cuando eran largas, para conservarlos unidos y facilitar la cicatrizacion, y aun solia denotarse el tamaño de las heridas por el número de puntos que se necesitaban para cerrarse. Conforme á esto, en la novela de Rinconete y Cortadillo, se cuenta aquel gracioso caso de la cuchillada de catorce puntos, que por precio de cincuenta ducados habia de darse á un mercader; y el ejecutor, calculando que cuchillada de aquel tamaño no cabía en la cara del amo, se la dió á un lacayo suyo que la tenia suficiente.

(CLEMENCIN.)

cia sino hecho de carne momia. Fueron dél muy bien recibidos, preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de si y della con mucho juicio y con muy elegantes palabras; y en el discurso de su plática vinieron á tratar



en esto que llaman razon de estado y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquel, reformando una costumbre y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno, ó un Solon flamante; y de tal manera renovaron la república, que no pareció sino que la habian puesto en una fragua, y sacado otra de la que pusieron; y habló Don Quijote con tanta discrecion en todas las materias que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio. Halláronse presentes á la plática la sobrina y ama, y no se hartaban de dar gracias á

Dios de ver á su señor con tan buen entendimiento; pero el cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosa de caballerías, quiso hacer de todo en todo experiencia si la sanidad de Don Quijote era falsa ó verdadera, y así de lance en lance vino á contar algunas nuevas que habian venido de la corte, y entre otras dijo que se tenia por cierto que el Turco bajaba con una poderosa armada (1), y que no se sabia su designio ni á dónde habia de descargar tan gran nublado; y con este temor, con que casi cada año nos toca arma, estaba puesta en ella toda la cristiandad, y su Magestad habia hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta. A esto respondió Don Quijote: su Magestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle desapercibido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejále yo que usara de una prevencion, de la cual su Magestad la hora de ahora debe estar muy ageno de pensar en ella. Apenas oyó esto el cura cuando dijo entre sí: Dios te tenga de su mano, pobre Don Quijote, que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad. Mas el barbero, que ya habia dado en el mismo pensamiento que el cura, preguntó á Don Quijote cuál era la advertencia de la prevencion que decia era bien se hiciese; quizá podria ser tal que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar á los príncipes. El mio, señor rapador, dijo Don Quijote, no será impertinente sino perteneciente. No lo digo por tanto, replicó el barbero, sino porque tiene mostrado la experiencia que todos ó los mas arbitrios que se dan á su Magestad, ó son imposibles ó disparatados, ó en daño del rey ó del reino. Pues el mio, respondió Don Quijote, ni es imposible ni disparatado, sino el mas fácil, el mas justo y el mas mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbitrarle alguno. Ya tarda en decirle vuesa merced, señor Don Quijote, dijo el cura. No querria, dijo Don Quijote, que le dijese yo aqui ahora, y amaneciese mañana en los oídos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo. Por mi, dijo el barbero, doy la palabra para aqui y para delante de Dios de no decir lo que vuesa merced dijere á rey ni á

(1) Desde mediados del siglo décimo cuarto, el asunto ordinario de las conversaciones públicas eran los proyectos y empresas marítimas que ejecutaban los Turcos, inquietando frecuentemente las costas de Italia y España. Juan Cortés de Tolosa, en su *Lazarillo de Manzanares*, impreso en 1620, llamó por dicha razon á su suegra *muger mas temida que la bajada del Turco*, ponderando de este modo el temor que la tenia; y Cervantes despidiéndose de las gradas de San Felipe, el *mentidero de Madrid en su tiempo*, decia, al emprender su viaje al Parnaso,

A Dios, de San Felipe el gran paseo,
Donde si baja ó sube el Turco galgo,
Como en gaceta de Venecia leo.

Roque, ni á hombre terrenal: juramento que aprendí del romance del cura (1) que en el prefacio avisó al rey del ladron que le habia robado las cien doblas y la su mula la andariega. No sé historias, dijo Don Quijote; pero sé que es bueno ese juramento en fe de que sé que es hombre de bien el señor barbero. Cuando no lo fuera, dijo el cura, yo le abono y salgo por él, que en este caso no hablará mas que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado. ¿Y á vuesa merced quién le fia, señor cura? dijo Don Quijote. Mi profesion, respondió el cura, que es de guardar secreto. Cuerpo de tal, dijo á esta sazón Don Quijote, ¿hay mas sino mandar su Magestad por público pregon que se junten en la corte para un dia señalado todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podria venir entre ellos que solo bastase á destruir toda la potestad del Turco? Esténme vuestas mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de docientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta ó fueran hechos de alfeñique? Si nó díganme, ¿cuántas historias están llenas destas maravillas? Habia, enhoramala para mi, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso Don Belianis, ó alguno de los del innumerable linage de Amadis de Gaula, que si alguno destes hoy viviera, y con el Turco se afrontara, á fe que no le arrendara la ganancia; pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno que, si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, á lo menos no les será inferior en el ánimo; y Dios me entiende, y no digo mas. ¡Ay! dijo á este punto la sobrina, que me maten si no quiere mi señor volver á ser caballero andante. A lo que dijo Don Quijote: caballero andante he de morir, y baje ó suba el Turco cuando él quisiere y cuan poderosamente pudiere, que otra vez digo que Dios me entiende. A esta sazón dijo el barbero: suplico á vuestas mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve que sucedió en Sevilla, que por venir aquí como de molde me da gana de contarle. Dió la licencia Don Quijote, y el cura y los demás le prestaron atencion, y él comenzó desta manera:

En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre á quien sus parientes habian puesto alli por falta de juicio: era graduado en cánones por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, segun opinion de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado al cabo de algunos años de recogimiento se dió á entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginacion escribió al arzobispo suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivia, pues por la misericordia de Dios habia ya cobrado el juicio perdido;

(1) Alusion á alguno de los innumerables romances de aquella época, y de que no queda rastro ni memoria.

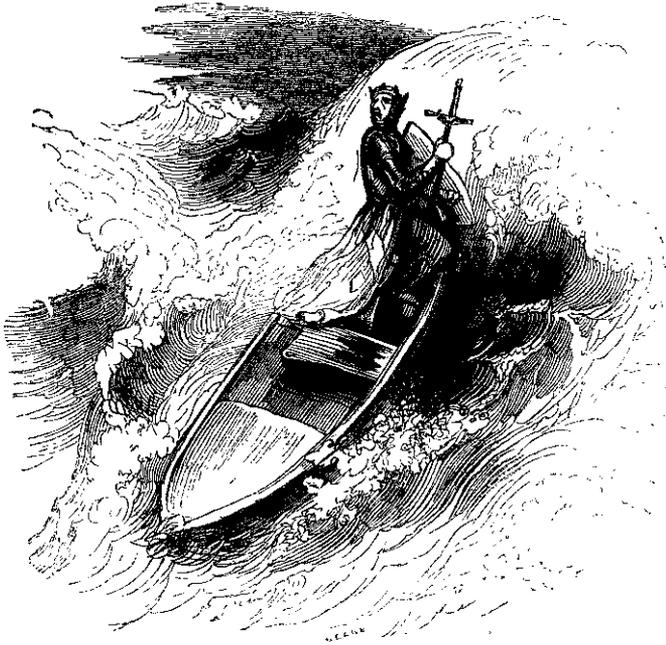
pero que sus parientes por gozar de la parte de su hacienda le tenían allí, y á pesar de la verdad querían que fuese loco hasta la muerte. El arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó á un capellan suyo se informase del retor de la casa si era verdad lo que aquel licenciado le escribía, y que asimismo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenía juicio, le sacase y pusiese en libertad. Hizolo así el capellan, y el retor le dijo que aquel hombre aun se estaba loco, que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban á sus primeras discreciones, como se podía hacer la experiencia hablándole. Quiso hacerla el capellan, y poniéndole con el loco habló con él una hora y mas, y en todo aquel tiempo jamás el loco dijo razon torcida ni disparatada, antes habló tan atentadamente, que el capellan fué forzado á creer que el loco estaba cuerdo; y entre otras cosas que el loco le dijo fué que el retor le tenía ojeriza por no perder los regalos que sus parientes le hacían porque dijese que aun estaba loco y con lúcidos intervalos, y que el mayor contrario que en su desgracia tenía era su mucha hacienda, pues por gozar della sus enemigos ponían dolo y dudaban de la merced que nuestro Señor le había hecho en volverle de bestia en hombre. Finalmente él habló de manera que hizo sospechoso al retor, codiciosos y desalmados á sus parientes, y á él tan discreto, que el capellan se determinó á llevarsele consigo á que el arzobispo le viese y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe el buen capellan pidió al retor mandase dar los vestidos con que allí había entrado el licenciado: volvió á decir el retor que mirase lo que hacía, porque sin duda alguna el licenciado aun se estaba loco. No sirvieron de nada para con el capellan las prevenciones y advertimientos del retor para que dejase de llevarle: obedeció el retor viendo ser órden del arzobispo, pusieron al licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes; y como él se vió vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al capellan que por caridad le diese licencia para ir á despedirse de sus compañeros los locos. El capellan dijo que él le quería acompañar y ver los locos que en la casa había. Subieron en efecto, y con ellos algunos que se hallaron presentes; y llegado el licenciado á una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entónces sosegado y quieto, le dijo: hermano mio, mire si me manda algo, que me voy á mi casa, que ya Dios ha sido servido por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio; ya estoy sano y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible: tenga grande esperanza y confianza en él, que pues á mi me ha vuelto á mi primero estado, también le volverá á él si en él confía: yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma, y cómalos en todo caso, que le hago saber que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nues-

tras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los cerebros llenos de aire : esfuérzese , esfuérzese , que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte. Todas estas razones del licenciado escuchó otro loco que estaba en otra jaula frontero de la del furioso , y levantándose de una estera vieja donde estaba echado y desnudo en cueros , preguntó á grandes voces quién era el que se iba sano y cuerdo. El licenciado respondió : yo soy , hermano , el que me voy , que ya no tengo necesidad de estar mas aquí , por lo que doy infinitas gracias á los cielos , que tan grande merced me han hecho. Mirad lo que decís , licenciado , no os engañe el diablo , replicó el loco , sosegad el pié , y estaos quieto en vuestra casa , y ahorraréis la vuelta. Yo sé que estoy bueno , replicó el licenciado , y no habrá para qué tornar á andar estaciones. ¿ Vos bueno ? dijo el loco : ahora bien , ello dirá , andad con Dios ; pero yo os voto á Júpiter , cuya magestad yo represento en la tierra , que por solo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros de esta casa y en teneros por cuerdo , tengo de hacer un tal castigo en ella , que quede memoria dél por todos los siglos de los siglos , amen. ¿ No sabes tú , licenciadillo menguado , que lo podré hacer , pues como digo soy Júpiter Tonante ,



que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo, y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el dia y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo, y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Así pienso llover como pensar ahorcarme. A las voces y á las razones del loco estuvieron los circunstantes atentos; pero nuestro licenciado, volviéndose á nuestro capellan y asiéndole de las manos, le dijo: no tenga vuesa merced pena, señor mio, ni haga caso de lo que este loco ha dicho, que si él es Júpiter, y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester. A lo que respondió el capellan: con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter: vuesa merced se quede en su casa, que otro dia, cuando haya mas comodidad y mas espacio, volverémos por vuesa merced. Rióse el retor y los presentes, por cuya risa se medio corrió el capellan: desnudaron al licenciado, quedóse en casa, y acabóse el cuento. ¿Pues este es el cuento, señor barbero, dijo Don Quijote, que por venir aquí como de molde no podia dejar de contarle? ¡Ah, señor rapista, señor rapista, y cuán ciego es aquel que no ve por tela de cedazo! ¿Y es posible que vuesa merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio, de valor á valor, de hermosura á hermosura y de linage á linage son siempre odiosas y mal recibidas? Yo, señor barbero, no soy Neptuno el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto no lo siendo; solo me fatigo por dar á entender al mundo en el error en que está en no renovar en sí el felicisimo tiempo donde campeaba la órden de la andante caballería; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron á su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los mas de los caballeros que ahora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman: ya no hay caballero que duerma en los campos sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los piés á la cabeza; y ya no hay quien sin sacar los piés de los estribos, arrimado á su lanza, solo procure descabezar, como dicen, el sueño como lo hacian los caballeros andantes: ya no hay ninguno que saliendo deste bosque entre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las mas veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil, ni jarcia alguna, con intrépido corazon se arroje en él, entregándose á las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y

ya le bajan al abismo, y él, puesto el pecho á la incontrastable borrasca, cuando menos se cata se halla tres mil y mas leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no conocida, le suceden



cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronce; mas ahora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentia, y la teórica de la práctica de las armas, que solo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros. Si nó díganme, ¿quién mas honesto y mas valiente que el famoso Amadis de Gaula? ¿quién mas discreto que Palmerin de Inglaterra? ¿quién mas acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿quién mas galan que Lisuarte de Grecia? ¿quién mas acuchillado ni acuchillador que Don Belianis? ¿quién mas intrépido que Perion de Gaula? ó ¿quién mas acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania? ó ¿quién mas sincero que Esplandian? ¿quién mas arrojado que Don Cirongilio de Tracia? ¿quién mas bravo que Rodamonte? ¿quién mas prudente que el rey Sobrino? ¿quién mas atrevido que Reinaldos? ¿quién mas invencible que Roldan? y ¿quién mas gallardo y mas cortés que Rugero, de quien

descienden hoy los duques de Ferrara, segun Turpin en su cosmografía (1)? Todos estos caballeros , y otros muchos que pudiera decir , señor cura , fueron caballeros andantes , luz y gloria de la caballería. Destos , ó tales como estos , quisiera yo que fueran los de mi arbitrio , que á serlo , su Magstad se hallara bien servido y ahorrara de mucho gasto , y el Turco se quedara pelando las barbas ; y con esto me quiero quedar en mi casa , pues no me saca el capellan de ella ; y si Júpiter , como ha dicho el barbero , no lloviere , aquí estoy yo , que lloveré cuando se me antojare : digo esto porque sepa el señor hacia que le entiendo. En verdad , señor Don Quijote , dijo el barbero , que no lo dije por tanto , y así me ayude Dios como fué buena mi intencion , y que no debe vuesa merced sentirse. Si puedo sentirme ó nó , respondió Don Quijote , yo me lo sé. A esto dijo el cura : aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora , y no quisiera quedar con un escrúpulo que me roe y escarba la conciencia , nacido de lo que aquí el señor Don Quijote ha dicho. Para otras cosas mas , respondió Don Quijote , tiene licencia el señor cura , y así puede decir su escrúpulo , porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa. Pues con ese beneplácito , respondió el cura , digo que mi escrúpulo es , que no me puedo persuadir en ninguna manera á que toda la caterva de caballeros andantes que vuesa merced , señor Don Quijote , ha referido , hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo ; antes imagino que todo es ficcion , fábula y mentira , y sueños contados por hombres despiertos , ó por mejor decir medio dormidos. Ese es otro error , respondió Don Quijote , en que han caído muchos que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo , y yo muchas veces con diversas gentes y ocasiones he procurado sacar á la luz de la verdad este casi comun engaño ; pero algunas veces no he salido con mi intencion , y otras si sustentándola sobre los hombros de la verdad : la cual verdad es tan cierta , que estoy por decir que con mis propios ojos vi á Amadis de Gaula , que era un hombre alto de cuerpo , blanco de rostro , bien puesto de barba aunque negra , de vista entre blanda y rigurosa , corto de razones , tardo en airarse , y presto en deponer la ira ; y del modo que he delineado á Amadis pudicra á mi parecer pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias del orbe , que por la aprension que tengo de que fueron como sus historias cuentan , y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron se pueden sacar por buena filosofia sus facciones , sus colores y estaturas. ¿Qué tan grande le parece á

(1) Jamás se atribuyó á Turpin obra de tal título. Don Quijote deliraba , y Cervantes , para demostrar el estado del cerebro de su protagonista , le hace alegar como prueba de autoridad la de Turpin , tenido por el prototipo de los embusteros.

vuesa merced, mi señor Don Quijote, preguntó el barbero, debía de ser el gigante Morgante? En esto de gigantes, respondió Don Quijote, hay diferentes opiniones si los ha habido ó nó en el mundo; pero la santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Golias, que tenia siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. Tambien en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifesta que fueron gigantes sus dueños, y tan grandes como grandes torres; que la geometría saca esta verdad de duda. Pero con todo esto no sabré decir con certidumbre qué tamaño tuviese Morgante, aunque imagino, que no debió de ser muy alto: y muéveme á ser deste parecer hallar en la historia donde se hace mencion particular de sus hazañas (1), que muchas veces dormia debajo de techado; y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza. Así es, dijo el cura, el cual gustando de oírle decir tan grandes disparates, le preguntó que qué sentia acerca de los rostros de Reinaldos de Montalvan y de Don Roldan, y de los demás doce Pares de Francia, pues todos habian sido caballeros andantes. De Reinaldos, respondió Don Quijote, me atrevo á decir que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, puntoso y colérico en demasia, amigo de ladrones y de gente perdida. De Roldan, ó Rotolando, ó Orlando (que con todos estos nombres le nombran las historias) soy de parecer y me afirmo que fué de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño, velloso en el cuerpo, y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado. Si no fué Roldan mas gentil-hombre que vuesa merced ha dicho, replicó el cura, no fué maravilla que la señora Angélica la bella le desdeñase y dejase por la gala, brio y donaire, que debía tener el morillo barbiponiente á quien ella se entregó; y anduvo discreta de adamar antes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldan. Esa Angélica, respondió Don Quijote, señor cura, fué una doncella destraida, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias como de la fama de su hermosura. Despreció mil señores (2), mil valientes y mil discretos, y contentóse con un pagecillo barbilucio, sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó á su amigo (3). El gran cantor de su

(1) Es el poema italiano de Luis Pulci. Gerónimo Auner, valenciano, lo tradujo libremente á nuestro idioma, y se imprimió en Sevilla por los años 1550 y 1552.

(2) Angélica la bella fué amada en vano de Orlando, Ferraguto, Reinaldos, de Agrican, rey de Tartaria, de Sacripante, rey de Circasia, y de otros.

(3) Medoro mal herido fué encontrado por Angélica, quien lo recogió, lo curó, y finalmente lo tomó por marido.

belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse ó por no querer cantar lo que á esta señora le sucedió despues de su ruin entrego, que no debieron ser cosas demasiadamente honestas, la dejó donde dijo:

Y como del Catay reeibió el cetro,
Quizá otro cantará con mejor plectro.

Y sin duda que esto fué como profecia, que los poetas tambien se llaman vates, quiere decir adivinos. Véese esta verdad clara, porque despues acá un famoso poeta andaluz (1) lloró y cantó sus lágrimas, y otro famoso y único poeta castellano cantó su hermosura.

Dígame, señor Don Quijote, dijo á esta sazón el barbero, ¿no ha habido algun poeta que haya hecho alguna sátira á esa señora Angélica entre tantos como la han alabado? Bien creo yo, respondió Don Quijote, que si Sacripante ó Roldan fueran poetas, que ya me hubieran jabonado á la doncella, porque es propio y natural de los poetas desdeñados y no admitidos de sus damas fingidas ó no fingidas, en efeto de aquellas á quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con sátiras y libelos: venganza por cierto indigna de pechos generosos; pero hasta ahora no ha llegado á mi noticia ningun verso infamatorio (2) contra la señora

(1) Luis Barahona de Soto, natural de Lucena, continuando el argumento de Ariosto, escribió *las lágrimas de Angélica* en doce cantos, impresas en Granada, año 1589. Lope de Vega siguió el mismo argumento con el título de *la hermosura de Angélica*, impreso en Barcelona en 1604. Cervantes esfuerza aquí el elogio de Lope de Vega, llamándole *famoso y único poeta castellano*, contestando sin duda á la nota de envidioso de que Avellaneda en su prólogo le tilda.

(2) Don Francisco de Quevedo, en el *Orlando Burlesco*, como si hubiera tomado á su cargo la venganza que Don Quijote señalaba á Roldan y Sacripante, dijo en la misma proposición del poema que cantaba

Los embustes de Angélica y su amante,
Niña buscona y doncellita andante.

Y luego en el mismo canto primero, despues de referir la confusión y trastorno que la presencia de Angélica produjo en la corte de Carlomagno, añade:

Fués por los demonios descubierto,
Que la falsa doncella que lloraba
Es del rey Galafon hija heredera,
Como el padre, maldita y embustera.

Angélica, que trujo revuelto el mundo. Milagro, dijo el cura; y en esto oyeron que el ama y la sobrina, que ya habian dejado la conversacion, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.

